



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

JUAN ESPINA



Tonos tan verdaderos
da á sus paisajes,
que entre los arbolitos
susurra el aire.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Penitencia entre cuernos, por Eduardo Bustillo.—La hija de Terpsicore, por Juan Pérez Zuñiga.—Paliqúe, por Clarín.—* * *, por José Estremera.—Declaración de guerra, por Sinesio Delgado.—Teatro cómico, por Federico Montaldo.—Lamentos de un padre, por J. FrancosRodríguez.—Manchegas, por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Juan Espina.—Los adivinadores.—Anuncios, por Cilla.



La policía ha sorprendido á dos anarquistas extranjeros, cuando se preparaban á colocar bombas explosivas en la escalera del Congreso de los diputados. Por esta vez hemos tenido la suerte de que no estallen las bombas, gracias al celo de nuestras autoridades y á la estultez de los anarquistas, que, según dice *La Correspondencia*, marchaban «detrás del jefe de orden público y seguidos por el delegado.»

El tan acreditado periódico de noticias daba cuenta del suceso en esta forma:

«Delante iba el jefe de orden público, Sr. Morera. Detrás marchaban los dos anarquistas, dispuestos á realizar parte de su terrible programa. Seguiales el Sr. Duarte, etc., etc.»

Más que un acto brutal, la cosa parecía una procesión de Minerva, y es que hemos adelantado mucho. Antes los criminales realizaban sus fechorías en el mayor misterio; ahora no tienen reparo en publicar el programa de sus crímenes y, como es natural, la policía se entera y evita los derramamientos de sangre.

Los malhechores con el tiempo seguirán la conducta de los diputados de oposición, que se dirigen á los ministros diciéndoles:

«DON FULANO DE TAL

Diputado por Villabandullo

B. L. M.

Al señor ministro de tal ramo

y le participa que el día nueve á las tres en punto de la tarde hará una pregunta en el Congreso sobre la desaparición de un expediente, por el cual resulta que su señoría es un pillo y me quedo corto. Además me propongo llamar «feo» á su señoría y se lo aviso en tiempo oportuno, para que prepare su respuesta y salga airoso del compromiso.»

Pues bien, los criminales de ahora no quieren que la policía quede mal, y ha de llegar día en que le avisen con la antelación necesaria, diciéndole, poco más ó menos: «Sr. Inspector: Á las cuatro de la tarde del día 8 pensamos robar á un sujeto en la calle de la Comadre, núm. 134, segundo derecha. Hay entresuelo. Si la portera no dejara pasar á ustedes, pueden decirle que son ladrones y que van á un asunto urgente.»

El caso es que la policía está enterada de los crímenes mucho antes de que ocurran, y que, una de dos: ó los criminales sueñan en voz alta, ó lo cuentan por ahí para que llegue á conocimiento de sus perseguidores. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la policía ha evitado una catástrofe y merece aplauso.

Pero no por eso se han tranquilizado los vecinos de Madrid, que creen ver un petardo en cada esquina y un dinamitero en cada transeunte.

No contribuyen poco á esta alarma los periódicos serios con sus noticias aterradoras.

Dice uno:

«Entre los objetos encontrados en el Círculo anarquista de la calle de la Cabeza figuran algunos trajes de guerreros, muchas barbas postizas, varios bigotes poblados, dos caretas, una de

las cuales tiene pintado un feto en el sitio correspondiente á la nariz, y otra un besugo con el ojo claro. Además, la policía se incautó de una calavera recién arrancada del tronco, tres banderas negras, una roja y otra color de castaña, cinco teas encendidas, dos latas de pimientos colorados y un violín.»

Ante estas reseñas espeluznantes, los vecinos honrados se intranquilizan y toman precauciones.

—¡Cielos!—exclama una señora, madre de familia.—¿Qué violín será ése?

—Un violín *macabro*—responde un hijo de la señora, que es socio del Ateneo, y por consiguiente, erudito.

—¿Para qué querrán el violín?—sigue preguntando la madre.

—Para tocar la danza de la muerte.

—¡Qué horror!

—Antes de sacrificar á un burgués, el verdugo toca un ratito y los anarquistas bailan á su alrededor disfrazados de guerreros.

También se ha publicado el programa de las «voladuras» que debían verificarse estos días.

Voladura primera. El Congreso.

Idem segunda. El ministerio de la Gobernación.

Idem tercera. El Banco.

Idem cuarta. La posada del Peine, etc., etc., etc.

El caso es que la alarma ha cundido y que muchas señoras han acordado suspender sus reuniones semanales, porque no quieren excitar con su lujo los feroces instintos de los anarquistas.

Ya se sabe que lo que más exaspera á éstos es la ostentación y el boato de las clases pudientes; por lo cual nos decía la señora de Chapilín:

—Mientras duren estas circunstancias he suspendido las reuniones de los jueves. No quiero que el anarquismo me ponga la proa. Ya sabe usted que en casa hay bastante lujo, y que los días de reunión enciendo dos quinqués muy hermosos y pongo bujías esteáricas en las sillas del pasillo. Los anarquistas pueden ver el resplandor desde la calle y me expongo á que nos coloquen una bomba explosiva en la escalera.

—Hace usted perfectamente; más vale un «por si acaso» que un «quién pensara.»

—Bien claro he visto el ejemplo en casa de las de Hormiguillo.

—¿Qué ha pasado?

—Ellas, como usted sabe, daban reuniones todos los lunes, y una noche bajó furioso un vecino de la guardilla, diciendo que no le dejaban dormir, y que iba á hacer una barbaridad. Se conoce que era un anarquista rabioso.

—Dé seguro.

—El caso fué que el hombre, viendo que el baile continuaba, volvió á bajar, y usted no sabe lo que allí pasó.

—¿Qué? ¿Disparó algún petardo?

—No, señor; cogió una escoba y empezó á repartir golpes entre los tertulianos.

—Pues mire usted, yo hubiera hecho lo mismo sin ser anarquista.

—(¡¡ !!)

En fin, el pánico cunde. No les quepa á ustedes duda.

LUIS TABOADA.

— * * * —

PENITENCIA ENTRE CUERNOS

Taurófila querida:

Si has pasado seis meses aburrida,
sin que esmalte una flor tus trenzas rubias,
de tu hogar en el fondo recogida,
triste al rumor de las eternas lluvias,
alza la frente al fin; tu hora ha llegado,
sonríe ya tu boca,
luzca encendida flor en tu tocado,
sobre tu frente cándida coloca
la de encaje, sutil y alba mantilla,
pues retintos carteles
dijeron en las calles de la Villa:

«Ahí están los tres guapos Rafaelés.»

Buena fué la corrida, pero buena,
con seis bravos Veraguas en la arena.
Pero no es eso solo;
pues ahora saca á la afición de pena
un empresario espléndido, ¡Bartolo!

El que rige en las plazas andaluzas
y nos trae al Califa,
honor del suelo aquel de los Munuzas,
y al *Espartero*, el que con fieras rifa,
por quien la vista desde el palco aguzas.

Ya has lucido tus trapos
antes que *Maoñillo*
la empresa con cornudos á *sopapos*,
á sevillanas glorias dando brillo.

Antes que con la Iglesia, que es tu madre,
con tu afición cumpliste,
cuando aún de tus flaquezas no dijiste
todo el secreto al reverendo padre.

Por familiar ejemplo,
con tu mantilla negra al santo templo
irás, como otros años yo te he visto,
los ojos á poner en Jesucristo;
y arrodillada pedirás al cura,
católica apostólica rapaza,
que perdone *otra vez* si tu hermosura
fué á *tentar* á los hombres en la Plaza.

Y en cuanto el *Resurrexit* cante el coro,
ya se acabó la contrición y ¡al toro!
Y flores rojas y mantilla blanca,
y allí verá el más ciego
que, si en tus ojos el amor *se arranca*,
dos banderillas son, pero de fuego.

Y así, tan sin conciencia,
la penitencia cumplirás ahora,
de tu afición constante en la *querencia*;
que te es fácil, taurina pecadora,
entre cuernos sufrir la penitencia.

EDUARDO BUSTILLO.

LA HIJA DE TERPSÍCORE

Nació Rosario Almadra
de una morena que estaba
de *bailarina* en Apolo
y de un señor don Bartolo
que en todas partes *danzaba*.

No es raro, pues, que saliera
bailando de su prisión
y que á los quince años fuera
tan garbosa y tan ligera
como San Pascual Bailón.

¡Bailaba con un salero!...
Cierta día, en el Vivero
y después de una mazurca,
se bailó la Marcha turca
y una misa de Ovejero.

¡Yaya una marimorena
la que armaba aquella joven
cuando salía á la escena
para bailar la novena
sinfonía de Beethoven!

«Esta chica me alborota»
(decía cierto sujeto
que un día la vió en Grijota).
«No baila solo la jota,
sino todo el alfabeto.»

¿Y en habaneras? ¡La mar!
En eso no tuvo par.
¡Como que era la Rosario
sobrina del secretario
del ministro de Ultramar!

Un día se unió á Severo,
aunque era un hombre machucho,
no por coger su dinero,
sino porque era un *bolero*
(es decir, mentía mucho).

Feliz el hombre se vió.
¿Pero ella le amaba? No.
Él convenciéndose fué;
la hizo *bailar en un pie*
y ella vengarse juró.

Se echó á Ernesto por querido;
pero lo supo el marido
y le hizo bailar á Ernesto
cierta noche un *vals corrido*...
de vergüenza, por supuesto.

Luego el esposo ultrajado
se bailó un *zapateado*
encima de ella furioso;
mas ella enviudó, y su estado
comenzó á ser lastimoso.

Tras de una vida infernal
(¡parece que estaba escrito!)
aquella moza juncal
fué llevada al hospital
con el *baile de San Vito*.

Y allí la pobre mujer
tan mala se puso ayer,
que el diantre se la llevó.
¡Al fin bailando murió,
como era de suponer!

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

PALIQUE

No podía menos. D.^a Emilia Pardo Bazán *necesitaba* tener su
opinión particular en eso del descubrimiento de América. *Al*
efecto, vestida de raso blanco, lo dicen los periódicos, y ceñida
la rubia cabellera por cinta de oro sembrada, ó como se diga, de
diamantes, se presentó en la cátedra del Ateneo, desde la cual
demostró que el Nuevo Mundo lo habían descubierto, ó poco
menos, los frailes franciscanos.

Menos mal que no fué el P. Muiños.
Que lo hubiera descubierto en verso.
Bueno, pues para que se sepa la verdad, tampoco fueron esos
frailes descualzados, ó mal calzados, los descubridores de América.

Yo sé quién fué.
Tengo mi candidato.
Y pienso publicar un folleto en que se lea lo siguiente:
—Niño, ¿quién descubrió la América?
—Pando y Valle.
—¿Por qué?
—Para darse tono; y ser una vez más secretario.

* * *

No ocultaré que otros opinan que los descubridores fueron
los reformistas, para dar pretexto al ministerio de Ultramar con
sus nóminas y vanidades.

Y por último, otra opinión muy autorizada atribuye la *inven-*
ción del Nuevo Mundo al Sr. Marqués de Comillas, que tenía el
propósito de crear la Trasatlántica, y por eso...

Lo que parece demostrado es que Cristóbal Colón, el *mal lla-*
mado genovés, no tuvo arte ni parte en el tal descubrimiento, y
que, *lejos* de descubrir eso, fué hombre que le tenía mucho asco
al agua, y no sólo no atravesó el Océano, sino que está probado
que no se lavaba siquiera. Toda la leyenda *colombina* nace de
que hubo quien dice que le vió dar unas vueltas en un bote
por el estanque del Retiro. Y no era él, era uno que se le pare-
cía mucho.

En resumidas cuentas, á Colón no le queda más gloria que la
del huevo.

Y aun ése no fué pasado por agua.

Fué un huevo crudo, único, quodlibético, como si dijéramos.

Y a propósito de quodlibético, palabreja que D.^a Emilia quie-
re poner en moda, aprovechando los Quodlibetos de Carvajal; ad-
mitamos lo *quodlibético*... pero con una condición... la de retirar
lo *mediocaval*.

* * *

El que va á ponerse en ridículo es Castelar, que va á publicar
en inglés y en español un libro en que se entusiasma con el mé-
rito del pobre Cristóbal... Pólvora en salvas. Las *memorias* de
Colón, sus visiones, sus poéticos anhelos... música, música. *Castel-*
telar cantando el alma del gran aventurero... *prosa ligera!*

Cristóbal Colón, Castelar... ¡compáren ustedes eso con cual-
quiera de las secciones del Ateneo ó con los pelos rubios y la
erudición franciscana y quodlibética de D.^a Emilia!

* * *

En fin, quedemos en algo: en que Colón no fué más que un ga-
nadero en grande, el fundador de los Veraguas, toros de muchas
libras... bueno. Pero, en tal caso, que pase de él y de nosotros
el cáliz de las odas y demás documentos *jarronables*, quiero decir,
dignos de ser premiados con jarrones en los incruentos certá-
menes poéticos.

Ya que el Ateneo le ha puesto la proa á Colón y *le ha llamado*
á desaparecer, húndase también con él la forma poética, no me-
nos llamada.

Más diré: yo, con tal de que no repitan más el *Pirene* ni el
Moncayo el nombre de Pando y Valle, consiento que se hunda el
Nuevo Continente en las procelosas olas...

Con él se hundirá la lira de Calcaño, y eso irán ganando *La*
Ilustración Española y Americana y la *vieja Europa*.

CLARÍN.

* * *

Es verdad que me encanta, que la busco,
que verla es mi ilusión;
que quisiera adorarla de rodillas
como el creyente á Dios;
que la acecho lo mismo que en las sombras
acecha el criminal,
y que :ngustia, temblor y escalofrío
siento al verla pasar;
que dudo, viendo un cielo en sus pupilas
de purísimo azul,
si es que el sol la ilumina, ó es en ella
donde brota la luz.

¿Que por qué, si me encanta, lo que siento
jamás le hé de decir?
¿Por qué creo que amándola alejado
soy mucho más feliz?
Porque amo en ella á un ser incomparable,
á un ángel del Edén,
y al acercarme más, temo hallar sólo
en ella una mujer.
Rindiéndole hasta hoy ferviente culto
su sacerdote fui;
creyente soy; no quiero que descienda
el ídolo hasta á mí.

JOSÉ ESTREMIERA.

DECLARACIÓN DE GUERRA

¡Qué labios tienes, Luisilla!
¡qué labios tan ricos tienes!
¡Son dos pedazos de gloria
que están diciendo comedme!
Pero son tan embusteros
que dicen lo que no sienten
y van prendiendo las almas
para que el diablo las lleve.
Porque yo quise comerlos
á puros besos, se entiende,
y se fruncieron airados
defendiendo sus claveles.

Pero no canten victoria,
que yo he sido terco siempre,
y cuanto más se me oponen,
más la sangre se me enciende.
Si para entrar en el cielo
me ayuda mucho la suerte,
por ser tan fácil la empresa,
es probable que la deje;
pero si el mal me persigue
luchando constantemente
por que para mí las puertas
del paraíso se cierren,

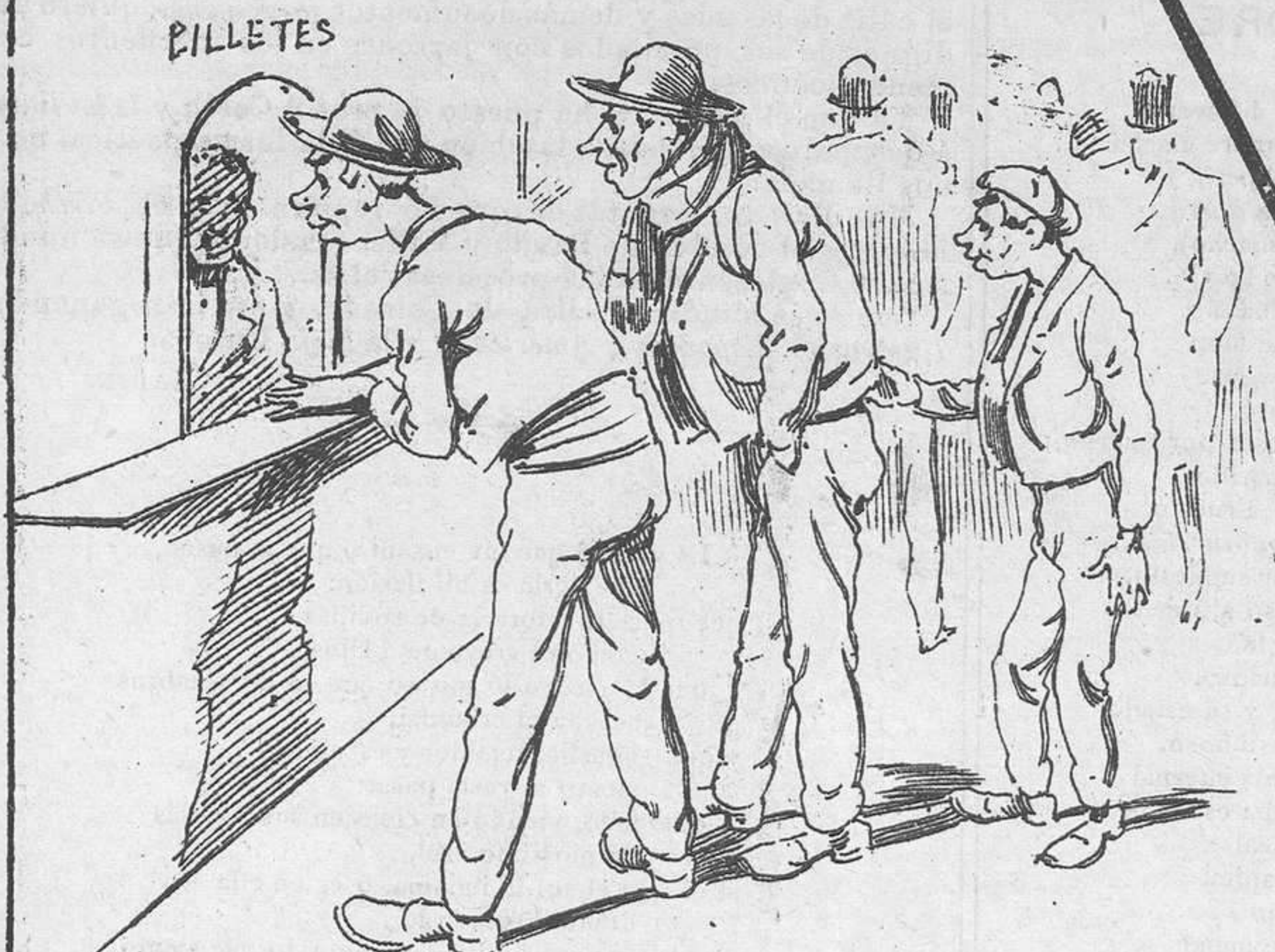
LOS ADIVINADORES



Preguntén ustedes lo que quieran.



—¿Qué es?
—Un sietemesino.



—¿Es aquí donde se adivina todo?
—Sí, señor.
—Pues venimos á que nos digan ustés, por lo que sea, si es lobanillo ú no es lobanillo lo que tiene éste en la sien derecha. Porque tenemos una disputa...



TEATRO LARA



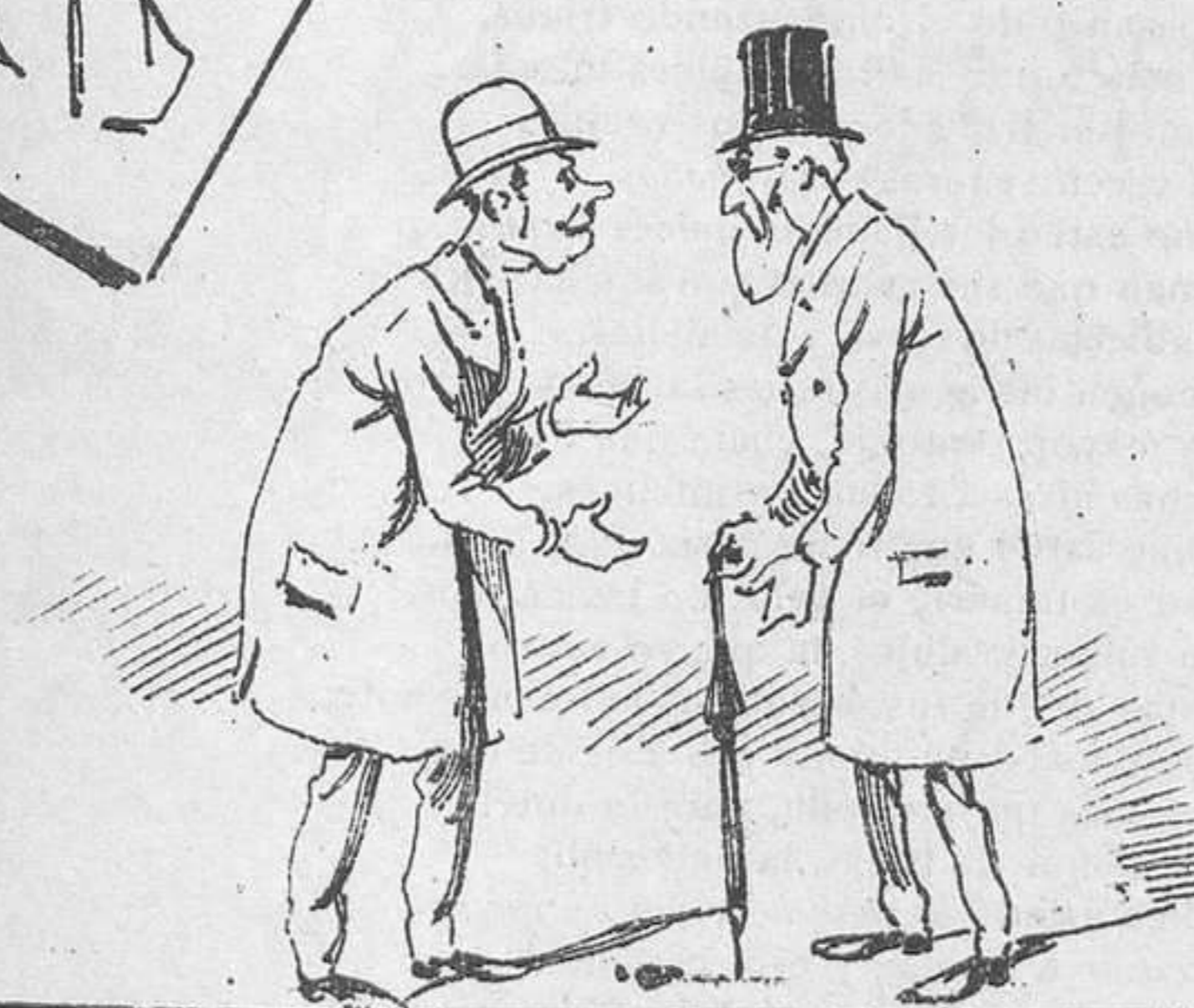
—¿Qué toco?
—Dama del siglo diez y ocho, con peluca.



—Ésta se ha empeñado en traermé y me va á poner en un compromiso, porque si me adivinan lo de la criada y dicen delante de todo el mundo...



—Si yo tuviera esa doble vista, ¡qué bonitas combinaciones me saldrían en el bacarrat!



—La explicación es muy sencilla. Se entienden por medio de un hilo eléctrico invisible.



—Estoy por llevármelos á mi pueblo, para que hagan un rülagrito en semana santa, que buena falta nos está haciendo para levantar la fe religiosa del veterinario.

aunque Luzbel en persona me combata frente á frente, yo entraré, porque es sabido que logra entrar el que vence. Conque vete haciendo cargo del cuidado en que me tienen tus mohines desdeñosos y tus sonrisas crueles. ¡Paso por todo, Luisilla! Mira á ver si te convences de que yo he de desearte más cuanto más me desprecies.

Por rico botín de guerra tengo tus labios de mieles, y juro que he de ganarlos aunque la vida me cuesten. Puesto que has de ser vencida, por tu desgracia ó tu suerte, rendirte con tus bagajes es lo que más te conviene. Porque yo soy como todos, y como tardes dos meses, cuando tus labios me llamen, ¡es fácil que los desdeñe!

SINESIO DELGADO.

TEATRO CÓMICO

EL MONÓLOGO DEL ESTUDIOSO Y AFLAUDIDO ACTOR

Entre las infinitas contrariedades que ofrece, y cumple desgraciadamente, esta profesión que ejerzo, tan ruda como mal comprendida, ninguna me puede tanto como esa de tener que aguantar que le llamen á uno cómico... ¡Cómico! ¡Así, con cierto retintín despreciativo, rebajándole á uno!... Por supuesto que Sánchez bien aclaró el punto, y bien los puso sobre las *tes*, demostrando en aquel artículo—guardado lo tengo como oro en paño—que él, y nosotros por consiguiente, no sabremos escribir, ni seremos buenos actores, ni nada, pero que tampoco somos cómicos ni ése es el camino. ¡Qué artículo tan bueno! Parecía escrito por un león en defensa de sus cacharros, digo, cachorros. A lo mejor me equivoqué: ¡y cómo se ríe el público algunas veces, creyendo que he dicho un chiste!

El otro es quien lo echó á perder con aquello de que Talma era cómico, y Napoleón le quería como á las niñas de sus ojos, y de que Keant lo era también, y Jorge el Armador, rey de Inglaterra, se quitaba el pan de la boca para dárselo, y de que el mismo D. Julián, nuestro gran Romea, mi maestro, como quien dice (porque yo á quien trato de imitar es á Julianito, su sobrino), que el mismo D. Julián era un cómico, y lo solicitaban, sin embargo, en todos los salones de Madrid. Podrá ser verdad, aunque quien lo dice es esa especie de sapo hinchado que no alterna más que con sus empresarios y con Moratín, Bretón, Serra y otros cuantos autores, que deben de ser tan petulantes como él. ¡Cuidado si tengo yo corridas *juergas* en las Ventas con poetas y escritores y actores, todos chispeantes! Pues nunca he visto por allí á ninguno de esos. Estarían en los salones... ¡Vaya un compañerismo y... vayan con Dios!...

Así como así, ¿quién hace caso de periódicos? Nadie en el mundo.

Yo, á lo que estamos, tuerta; á lo de primer actor me atengo, y de ahí no me apea nadie. ¡Como que iba yo á consentir que Martínez se presentase como primer actor, y quedarme yo de actor á secas! ¡Me gustaría ver en qué Salamanca ó en qué Alcalá le han dado á ése el diploma! Sólo con mis equivocaciones hago yo reír más que él con todos sus hipos y todos sus gestos; eso sin contar con que en el cante, y en las pataitas, y en todo lo de acá, no me llega él ni á la suela del zapato. ¡Envidioso! No hay más que recordar lo que pasó en Valladolid cuando trabajamos juntos; llevamos nuestros repertorios respectivos; ensayaba y dirigía cada uno las obras en que tomaba parte; en la compañía había dos bandos que no se podían ver ni pintados en papeles: el de los martinistas, que les llamaban, y el de los míos; en fin, que formábamos dos ranchos completamente separados, aunque el suyo más parecía una merienda de negros; hasta en la Academia de Caballería introdujimos el cisma: el director, los profesores y algunos ayudantes estaban por él; los demás ayudantes y los alumnos, ¡todos por mí! Pues porque un día se olvidó el impresor de los carteles de ponernos en aspa y me nombró á mí primero, se ofendió tanto que rescindió el contrato y se marchó con los cuatro gatos que quisieron seguirle. Yo tuve que acabar la temporada, y ¡qué exitazo!, con los otros cuatro gatos que quedaron. En cuanto uno despunta un poco, la envidia de los compañeros no le deja vivir. ¡Que me pregunten á mí noticias de eso!

¡Como si no tuviera uno bastante con las triquiñuelas de las empresas y las exigencias de los autores! Es materialmente un no vivir. Por la mañana hay que dormir, porque para eso se acuesta uno tarde, las noches que se acuesta; luego al café un rato, para hablar con éstos; desde allí al ensayo y á hablar con los otros; después á comer, al café un ratito, y en seguida á la función, á trabajar. ¡Claro! Cuando se sale de allí, á la una ó más, lo que está deseando uno es divertirse un poco, y se marcha al café con los amigos de la prensa ó á la timba á jugar una vaquita, ó á la Viña si se terciá y hay quien convide. Estas son nuestras únicas distracciones.

Y todavía hay quien nos viene hablando de Coquelín el cadete, de si hace monólogos y los recita, y de si hace esto ó lo otro; articulitos graciosos en los periódicos, si cuenta cuentos ingeniosos, imitando diferentes voces, y acentos extranjeros. ¡Me río yo de todo eso! En primer lugar, él está en París; y de lenguas tierras, grandes mentiras; y luego que aquí, en siendo el actor francés ó italiano, ya está indultado; todo lo que hace parece de perlas. ¡Podíamos ir nosotros á París ó á Milán!...

La primera noche nos reventaban; y es porque allí hay patrio-

tismo, y la protección á la industria nacional es un hecho. Gayarre mismo era aplaudido en todas partes por la música del acompañamiento, no por él. Pero aun en esto no tenemos nada que envidiarles á todos los Coquelines habidos y por haber; varios compañeros míos, y no mejores que yo en las tablas, escriben sus cositas, que se representan y gustan mucho, sin contar el ramo de *morcillas*, en el cual todos somos maestros, que hace nueva una obra en un periquete.

Si los autores supieran lo que traen entre manos, que no lo saben, otro gallo le cantara al teatro; debían leernos la obra en borrador y dejárnosla para que nosotros la arregláramos á nuestro gusto; pocas se hundirían si ellos hicieran esto. Más obras he salvado yo con mis recursos personales, que caminantes ningún perro de San Bernardo. Me acuerdo, en *Los imbéciles*: si á mí, de protagonista, no se me ocurre aquello de tirarme de cabeza por la escalera, la obra se va al foso; gracias á mí, *Los imbéciles* están de repertorio en donde quiera que se rinde culto al arte. Es lo que me decía el autor delante del crítico de *El Coléoptero* y de otros críticos: «Amigo mío, ese chichón de usted ha sido una chichonera para la obra.» Y todos le daban la razón y me felicitaban. ¡Ya lo creo!

El público lo que quiere es reírse, y para eso paga su dinero, teniéndole sin cuidado todo lo demás; el chiste hablado, como no se le subraye mucho, queda en la atmósfera las más de las veces, sin llegar á las masas; el argumento, cuando se usaba, producía el cansancio del espectador, y por eso ha desaparecido de la escena patria; el verso, ni siempre está bien hilado, ni todos lo cortamos bien, ni deja ancho espacio á la *morcilla* de nuestra cosecha: aparte de que la poesía está llamada á desaparecer; la música, como no sea de peteneras, malagueñas, tangos y demás primores por el estilo, no gusta á todo el mundo, ni nosotros cobramos sueldos de tenor, de barítono ó de bajo para cantar romanzas y dúos como tales. Lo que gusta á todo el mundo, y es de seguro efecto en el teatro, por lo que al actor respecta, es el traje grotesco, el gesto raro, el grito destemplado y la gimnasia en todas sus manifestaciones, desde la de sala hasta la de circo; cuanto más allá se llegue en esto, más primer actor se es y más cerca se está de llegar á ser director de una compañía. Siempre me acordaré de la rabia que le dió á Martínez ver mi éxito en el papel de borracho de *Los congrios*, creado por él, y que en sus manos parecía insignificante, vamos, que no resultaba; me lo dan á mí, y la primera noche tropecé lo menos once veces, me caí siete, y por último, empecé á hacer batimanes y trezados en medio del escenario, arrastrando la capa, que ni la primera bailarina bajada del cielo los hace mejor; el público se reía que se las pelaba, y si no fuera porque yo estaba ya rendido y tuve que pararme, se estaría riendo todavía. El público es así, y hay que conocerlo y darle gusto. De manera que con eso, que ya lo poseo, y conirme unos días á Alhama para aclararme la voz y soltarme en el aragonés para los papeles de paleta, ya lo tengo todo. Me va cargando ya lo de *estudioso*, parece cosa de chicos; quiero ser el DISTINGUIDO PRIMER ACTOR Y DIRECTOR, como Martínez. Y lo seré, ¡vaya si lo seré! y pronto; este verano.

FEDERICO MONTALDO.

LAMENTOS DE UN PADRE

(Á UN POETA CHIRLE)

Joven, poeta chirle, que estos lugares con sus rancieros lirismos ha trastornado, váyase noramala con los cantares que me tienen, de rabia, medio chiflado. Mis niñas, que son tontas de capirote, gozan con las sandeces de los poetas, y como usted les larga versos á escote, se han vuelto insoportables y hasta coquetas. Se pasan todo el día lanzando trinos, y echando por las rejas dulces miradas, toman por trovadores á los vecinos y se creen señoras *encastilladas*. Como usted las llamaba dulces *hurtes*, afirman que sus cuartos son los harenos y, cubiertas de rosas y de alielies, no cogen las agujas ni las sartenes. A la mayor, Antonia, chata que llega á echar atrás á todas las infelices, le dice usted que tiene nariz de griega, y eso es tomarle el pelo, no las narices. A la rubia, la dulce, la que yo adoro, porque es de sus hermanas la menos zote, le dice usted que tiene cabellos de oro... ¡Que más quisiera ella, para la dote! A la menor de todas, la patizamba, le dice usted que *marcha como un lucero al cruzar el espacio*, y eso ¡caramba! es una chirigota que no tolero. Habla usted de *la cara que al sol enoja, de la lira que pulsa con entereza...* Pues respecto á la lira, como le coja, se la meto á usted toda por la cabeza. A los que son poetas y no discretos,

hay que aplicarles penas muy ejemplares.
 ¡Venirse con quintillas y con sonetos
 á profanar la calma de los hogares!
 Mejor que hablar con dulce frase rimada,
 debiera usted ponerle su *h* á el *abia*.
 Los versos, siendo malos, no valen nada,
 y es bastante más útil la ortografía.
 ¿Que las reglas del arte le son odiosas,
 aunque á usted el Parnaso le gusta mucho?
 Pues bien, si no ha nacido para esas cosas,
 déjese ya de reglas; ¡coja el serrucho!
 Poeta de secano, tonto, petate,
 no castigue al idioma tan de ligero.
 Quizás pueda ser útil; mas no de *vate*.
 Empuñe usted las armas. ¡A ser ranchero!

J. FRANCOS RODRÍGUEZ.

MANCHEGAS

Antes me parecía
 cosa de locos
 ese chisme que llaman
 el microscopio,
 y ahora lo admiro,
 ¡porque cómo han de verse
 tus piecitos!
 Seguidillas manchegas
 quiero que bailes,
 para que vea el pueblo
 lo que tú vales;
 pero ¡ajo, niña!
 que al pueblo no le importan
 tus pantorrillas.
 Dicen que son abismos
 tus ojos negros,
 que es jugarse la vida
 mirarse en ellos;
 y es lo más grave
 ¡que tengo yo unas ganas
 de suicidarme!...
 Dice un vate que tienes
 miel en la boca,
 y otro dice que fresas
 y otro que rosas;
 pero yo creo
 que ante todo, chiquilla,
 tienes un beso.
 Tu doncella me ha dicho
 que no hay muchacha
 que gaste en medias tanto
 como tú gastas;
 y es una broma
 que ese lujo... se luzca
 para tí sola.

Dicen que las mujeres
 son embusteras
 y piden lo contrario
 de lo que anhelan.
 ¡Qué poco deben
 de gustarle los besos
 á las mujeres!
 Mi morena en visita
 tiene un recato
 que ni las puntas vemos
 de sus zapatos;
 baila manchegas,
 y no digo las puntas...
 ¡hasta las suelas!
 En los días lluviosos,
 cuando te miro
 recogiendo la cola
 de tu vestido,
 voy por las calles
 murmurando oraciones
 por que no escampe.
 Para bailar manchegas
 se necesita
 tener muy bien formadas
 las pantorrillas,
 brazos alegres
 y unos ojos que digan:
 ¡porque se puede!
 Cuando te veo puesta
 tu gargantilla,
 la que tiene de nácar
 las cuentecillas,
 miro con ansia
 que las cuentas son negras
 en tu garganta.

ANTONIO MONTALBÁN.



Dice así un telegrama de San Sebastián:
 «La cuestión de los cambios perjudica notablemente á los pueblos de la
 frontera y reina gran agitación por esta causa.
 El mar tranquilo.»
 Lo creo.
 ¿Qué le importa al mar la cuestión de los cambios?

Quisiera verte en el monte
 en noche de truenos y agua,
 sin tu madre y sin albergue,
 por ver á quién te arimabas.

Tú eres mala mercancía,
 pero peor es tu madre
 y llegó á la Vicaría.

SALVADOR GARCÍA.

En Málaga, según dice un periódico de aquella localidad, tratan de formar los caseros una liga *para defenderse de los inquilinos*.

Felicitémonos con toda la efusión de nuestros corazones.

Porque en cuanto los caseros empiecen á ser víctimas, ya no les harán los vates humorísticos seguidillas en contra.

Y eso vamos ganando.

Recordarán ustedes que cuando la Srta. Guerrero se presentó en el Teatro Español interpretando *El vergonzoso en palacio*, toda la prensa echó las campanas á vuelo enderezándole una porción de piropos de mayor cuantía.

Ahora, de poco tiempo á esta parte, ha soplado el viento contrario todo se les vuelve á los apreciables revisteros decir que la Srta. Guerrero no pasa de ser una esperanza, y que acaso no se realice, etc., etc.

Por Dios, señores,

«ni tan alta como antes,
 ni tan baja como ahora,»

que dice Zorrilla en *Traidor, inconfeso y mártir*.

En el juzgado:

—¿Vive usted en la casa en que ha sido cogido?

—Sí, señor.

—¿Qué hacía usted cuando le sorprendió la policía?

—Estaba durmiendo.

—¿Era su mujer la que le acompañaba?

—No, señor; era una conocida.

Un distinguido escritor de Palma de Mallorca que acostumbra á firmar con el pseudónimo de *Caspitina* nos ruega hagamos constar que no es él el *Kaspitina* á quien contestamos hace unos días en la *Correspondencia particular*.

Y así lo hacemos, suplicando encarecidamente á los señores que nos envían composiciones que no empleen pseudónimos usados ya por otros, porque eso da lugar á estas rectificaciones, y se presta, además, á que los interesados crean que les han jugado una mala pasada.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. E. Ch.—Me parece que sí, y que no entró en turno.

Galpa y Chichito.—Pues vea usted lo que son las cosas, no me disgustan. De modo que si manda usted más, envíe la firma de paso y nos evitaremos dilaciones.

Feneque.—¡Ay! ¡Qué pasados de moda están esos *apólogos* del vino y el agua!

Muley Hassan.—Sí, hombre sí; son asonantes. Dudarlo siquiera es her ejía. ¡Ah! y el primero y tercero deben ser libres efectivamente.

Santiagoillo.—¡Por Dios! Nada de anagramas ni de cuadrados de puntos, etc., etc.

La verdad.—Chifladuras las llama,
 ¡modestia hermosa!
 porque son chifladuras
 más que otra cosa.

Sr. D. J. M. L.—Madrid.—Todavía no maneja usted la forma como es debido. Los versos duros, cojos ó mancos abundan que es una verdadera lástima.

Garibay.—Es demasiada mitología esa para nuestro público, que, gracias á Dios, no sabe una palabra de Minos, Prometeo y Hebe.

Leoncio.—Digo á usted lo mismo, ¡qué casualidad!, y además que las *embras* así, sin hache, no son hembias verdaderamente.

El que asó la manteca.—Lo malo es que el romance carece en absoluto de fluidez y de... vigor.

Sr. D. E. T.—Elche.—No es pasable el soneto. Y el verso
 «De mi llorar reía, férreos cerrojos»

tiene una sílaba más de las que consiente el reglamento.

Fruit sec.—Las ideas son buenas, pero ¡ay de nosotros! la forma está descuidadita y se le escapan á usted sílabas de vez en cuando.

Calderón.—El contarle esas cosas
 á Pío nono,
 á más de irreverente,
 no es de buen tono.

Sr. D. J. V.—Valladolid.—Tiene mucha gracia y... recuerdo el lance perfectamente. Pero la composición resulta un poco larga. ¿Podría usted cortar y arreglar algo?

Sr. D. M. G. P.—Mediana le ha salido á usted ésa.

Usted dirá.—Pues yo digo, y el Espíritu Santo también, que *reta* y *letras* no son consonantes estando cerradas las velaciones.

Sr. D. P. R.—Madrid.—Es mala, no por anarquista precisamente, sino por... mala.

Fray Cañón.—Desgraciadamente corre la misma suerte que la otra, y no es por falta de voluntad, ¡créalo usted!

Sr. D. M. S.—Verá usted:

«Era una noche oscura en demasía
 y el viento reinaba en toda la ciudad...»

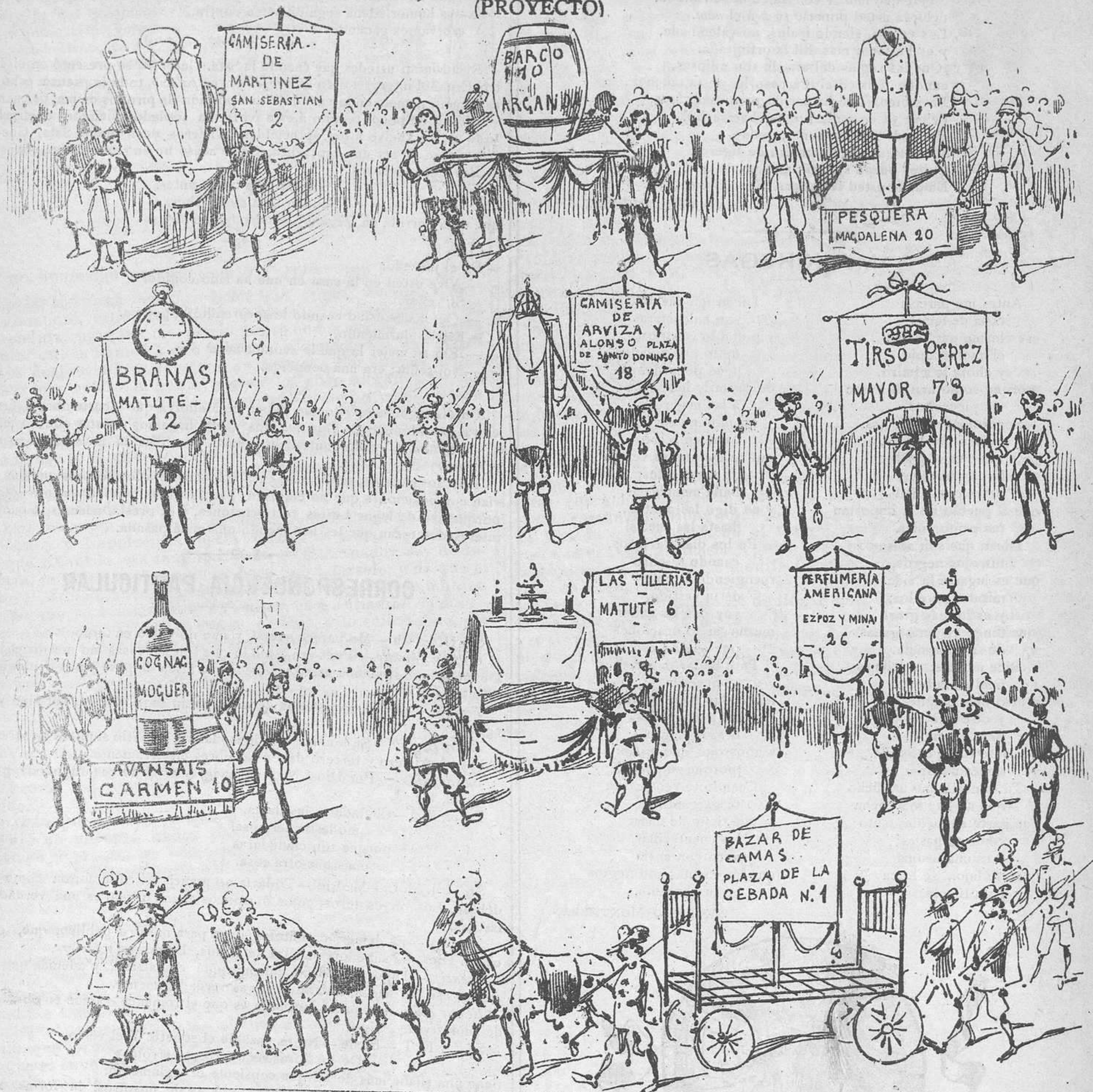
es un mal principio, como usted comprende.

Catapium.—Ya se conoce lo de principiante, porque la composición revela la inexperiencia más encantadora.

MADRID, 1892.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa.

Libertad, 15 duplicado, bajo.

LA PROCESIÓN DEL CENTENARIO (PROYECTO)



CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO